

Poco Veneno y otros cuentos

Letras contemporáneas del Totonacapan



Enrique Lecona Miramón

Ilustraciones

Jorge Corona Vargas



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. México

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional de los
Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural,
Investigación y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona

Directora de Comunicación Social

Poco Veneno y otros cuentos

Letras del Totonacapan

Enrique Lecona Miramón

Ilustraciones

Jorge Corona Vargas

Corrección de estilo

Oscar Saúl Hernández Miranda

Coordinación / Edición

Norberto Zamora Pérez

México, 2020

Índice

Introducción	7
Vamos todos a la escuela	3
La pura maldad	19
Poco veneno	37
Mi abuelo	39
Del otro lado	47

INTRODUCCIÓN

Poco Veneno y otros cuentos es un texto que lleva de la mano al lector para presentarle el mundo de la región del Totonacapan, pero que bien podría ser cualquier otra comunidad provincial. En cada cuento se encuentra una historia que se siente real y que produce sentimientos a flor de piel, por lo cual no es raro que pareciera que el personaje nos habla o que, incluso, nosotros mismos somos parte de la narración.

Además de dar una visión del mundo, los cuentos hablan sobre los problemas cotidianos que tienen los pueblos. Cada palabra refleja un instante del individuo en la comunidad, es un espejo que permite mostrar con detalle y realismo los miedos, sueños, esperanzas y vivencias del día a día.

El libro gira en torno al concepto de cotidianidad, el cual se puede dividir en dos: en primer lugar, en lo que respecta al ser; y, por otro lado, se identifica la correspondiente a la pertenencia en una cultura, que es todo aquello que rodea a los personajes. En los cuentos que relatan los pasajes vividos por personajes de todas las edades, muestra al lector desde una perspectiva circular cada parte de una vida; incluso, muchas veces nos encontramos con la dificultad de pensar en un texto centrado en un solo individuo, pero que llega a hablarnos de muchos personajes de forma simultánea, esto crea una perspectiva de totalidad.

Un profesor de escuela, un pueblo aquejado por maldiciones, un hijo que va al potrero, el recuerdo de un abuelo y un joven que cruza la frontera son los acompañantes del lector una página a la vez, con ellos no sólo encontrara las maravillas de las descripciones de lugares atemporales y perdurables, sino que, con un poco de suerte, es muy probable que se encuentre a sí mismo.

**Vamos todos
a la escuela**

Me asignaron un trabajo en una escuela de la sierra de Puebla. Acepté de inmediato y guardé en mi maleta siete mudas de ropa, una toalla, dos pares de zapatos, un par de tenis, chanclas, una radio con pilas, seis libros y una revista.

Viajé en autobús, combi, camioneta y caballo. Pasé por las calles de la ciudad, la autopista, caminos de tierra, cerros, lagos y cascadas; después de seis horas, llegué a mi destino.

La escuela era una construcción de tres cuartos de loza con grandes ventanales y no tenía baño. En el salón que me asignaron encontré una colchoneta, dos cobijas, una almohada y un candil.

Estaba acomodando mis cosas cuando, de pronto, llegó un muchacho; después de saludarme, se presentó como Ángel y me dijo que fuera a comer con Doña Micaela. Diez minutos después estábamos frente a una casa color blanco, con tejas de barro y puerta de madera. En el patio había pequeñas montañas de leña, bajo un árbol estaba un cerdo amarrado, mientras dos perros vigilaban la entrada.

Doña Micaela, tenía unos sesenta años, traía puesto un vestido de manta, una faja roja y usaba huaraches. Me sirvió unos frijoles enchilados, tortillas hechas a mano y de beber una copita de aguardiente. Al primer trago sentí una quemazón que bajaba desde el paladar hasta la garganta, mis lágrimas cayeron y tuve que escupir.

–Doña Micaela, es la mejor comida que he probado.

– Cuando quiera puede volver, joven.

De vuelta a la escuela, vi que la mayoría de las casas estaban hechas de madera y sus techos eran de teja, sólo cinco o seis casas eran de loza. Entré al salón para recostarme en la colchoneta, cerré los ojos. Quise olvidarme de todo y sin que pasara gran tiempo me quedé dormido.



A la mañana siguiente, Ángel me llevo un jarro de café y un pan. Antes de las ocho abrí las puertas de la escuela. A las nueve sólo habían llegado siete niños y dos niñas, todos de entre seis y diez años.

–Soy su nuevo maestro. Digan su nombre y qué les gustaría ser de grandes

Hubo un silencio incómodo, por lo menos para mí, todos eran muy tímidos; para animarlos les dije que estaba contento de haber llegado a su pueblo y les pedí que no tuvieran pena.

–Me llamo Macario, quiero irme al norte, comprarme un caballo y ganar mucho dinero.

–Yo soy Rogelio, yo también quiero irme a Estados Unidos.

Poco a poco los niños se animaron hablar. Lo que más les interesaba era cruzar la frontera, tener mucho dinero, comprar ganado o sembrar café, ideas que escuchaban recurrentemente en las conversaciones de sus familias. La última en hablar fue una niña.

–Me llamo Marcela, tengo ocho años y quiero ser maestra.

Cuando los niños terminaron la presentación, les pedí que sacaran su libreta. No hizo falta mucho tiempo para darme cuenta que Marcela era la única que sabía escribir, los demás no sabían ni agarrar un lápiz; de modo que cambié la idea, ya que me pareció mejor jugar y cantar. Terminé la clase y fui a preguntar por el presidente municipal, su secretario me dijo que se había ido a comer. Me enfurecí, pero resignado decidí salir. De repente llegó Ángel:

–Maestro, vine a decirle que Doña Micaela lo espera en su casa para que vaya a comer.

–Ahorita no puedo, ando buscando al presidente, muy pocos niños fueron a la escuela.

–No se sorprenda, el último maestro sólo duró diez días, porque ya nadie iba a su clase. Mejor primero vaya a comer y luego arregla ese asunto.

Fui a casa de Doña Micaela, su esposo me invitó a pasar, era un señor de estatura media, canoso y con pocas arrugas. Otra vez olía muy rico. Esta vez me sirvió sardina con huevo, estaba preparada con cebolla morada, esta vez ya no me dieron aguardiente, en lugar de eso un jarro de agua.

– ¿Saben dónde vive el presidente municipal? Necesito decirle algunas cosas.

Doña Micaela señaló al señor de la casa, tragué saliva, me puse rojo y me arrepentí.

– ¿Y qué me quiere decir, maestríto?

– Solo quería decirle que hay pocos alumnos, hoy sólo fueron nueve.



–Aquí no es como en la ciudad, no se confunda, la gente prefiere mandar a sus hijos a trabajar, no hay dinero para gastar en otra cosa que no sea comida, apenas sobrevive uno.

–Pero, ¿y los programas sociales, las despensas y los apoyos del gobierno?

–Eso aquí no llega. Son puros chismes.

Dar clases no era cosa fácil y menos en ese lugar. No había electricidad, ni agua potable, ni doctores, ni nada. La gente vivía de sembrar maíz y café.

Volví al salón, me recosté y me puse a pensar en lo que iba a hacer con los alumnos; de repente escuché la voz del presidente municipal, en un megáfono.

–Tenemos un nuevo maestro, tienen que mandar a sus hijos a la escuela. Al que no cumpla se le multará y al que no pague los vamos a meter a la cárcel.

El megáfono se alejó poco a poco, prendí la radio y encontré una estación que tocaba puros huapangos, las canciones eran muy alegres, su ritmo me animó un poco. Estaba oscureciendo cuando Ángel tocó la puerta y me dijo fuera a cenar con Doña Micaela.

–Maestro, lleve su ropa para que se la laven. Hay un temazcal enfrente.

Era la primera vez que me bañaba en un lugar con tanto calor. Pensé que moriría achicharrado, pero poco a poco me acostumbré. Cené caldo de pollo con verduras y café de olla con pan de dulce. Luego el presidente me palmeó la espalda y dijo que él tenía fe de que las cosas salieran bien.

–Y no se preocupe, ya fui a rezarle a San Bartolomé.

Esa noche dormí mucho, ni el ladrido de los perros, ni nada, ni nadie interrumpió mi sueño. A las siete de la mañana el sonido del megáfono me despertó. El

presidente anunciaba los castigos que la gente iba a recibir sino cumplían el mandato.

Me lavé la cara, me puse una playera azul, un pantalón de mezclilla y el par de tenis. Como siempre llegó Ángel.

–Ya sabe, tiene que ir a desayunar.

Fui corriendo. Entré a la cocina, en la mesita había un plato de frijoles, tortillas, un jarro de atole de maíz y un pan de dulce. Comí muy rápido, Doña Micaela me miró con tristeza.

– ¿No le gustó la comida?

–Nada de eso, su comida está muy rica, pero estoy apurado.

–Diosito y San Bartolomé lo van ayudar.

Abracé a Doña Micaela; cuando lo hice me di cuenta por primera vez que extrañaba a mi madre, había dejado todo con tal de olvidarme de Maruca. Después de unos minutos interrumpí mis recuerdos y volví a la escuela.

San Bartolomé nos había ayudado: el salón estaba lleno. A los niños más pequeños los puse a pintar hojas, los grandes hicieron ejercicios de caligrafía. Jugamos y cantamos. A las doce de la tarde terminé la clase.

A la una estaba en casa de Doña Micaela. Comí mole con una pierna de guajolote y bebí mezcal, ya no sentí la misma quemazón, aunque me salieron un par de lágrimas.

–Se lo dije maestro, San Bartolomé nunca nos abandona.

Terminé de comer, me despedí de Doña Micaela y fui a darle gracias a San Bartolomé. La iglesia lucía vieja, despintada y en algunas partes había cuarteaduras.



Quise entrar, pero todo estaba tan oscuro que preferí dar dos pasos y doblé mis rodillas en la entrada del templo, cerré los ojos y empecé los rezos.

Regresé a la escuela y pasé la tarde planeando las clases, no quería que los niños se aburrieran. Ángel tocó la puerta y dijo que era hora de ir a cenar cuando, de repente, llegó un señor.

–Buenas noches, maestro. Soy el papá de Carmen, lo quiero invitar a cenar.

–Lo lamento, no puedo, es que ya vinieron por mí.

–No se preocupe, maestro, las puertas de mi casa siempre están abiertas para usted.

Nos despedimos con un apretón de manos y con la promesa de que pronto iría a su casa.

A paso lento, con las manos en los bolsillos, caminé a la casa del presidente. Doña Micaela me sirvió carne enchilada con papas y chayotes. La comida estuvo picosa, así que le pedí un jarro de agua para calmar el picor.

Ya tenía más confianza y, por primera vez, le hablé al presidente por su nombre.

–Don Mauricio, estoy preocupado, necesitamos mejorar muchas cosas.

–Hay que pedirle a Dios, él es el único que nos puede ayudar.

Antes de irme le dije a Doña Micaela que al siguiente día no me esperará, que me habían invitado a comer a otra casa.

De camino a la escuela, noté que la noche estaba iluminada, me fui a dormir con la luz de luna.

Al día siguiente, Ángel me llevó un tarro de atole, dos tamales y un bolillo. Desayuné en la escuela y cuando me terminé los tamales me enjuagué la boca y fui a recibir a los niños.

Tenía que atender a setenta alumnos de varias edades, chicos y grandes, hombres y mujeres, esta vez empecé con las letras y las sílabas.

En la tarde fui a comer a la casa del señor Crescencio, padre de Camila, quien un día antes me había invitado. La comida también era deliciosa. Don Crescencio tenía unos cuarenta años, había estado en California, con las remesas que enviaba pudo ir construyendo su casa, de las pocas que tenían estufa y comedor. Ahora se dedicaba a vender ganado, además era el dueño de la tienda más grande del pueblo y también cruzaba gente a los Estados Unidos.

Nos despedimos y prometió mandarme la cena, dijo que si necesitaba algo él me ayudaría. Poco a poco la gente me iba conociendo y me ofrecían el desayuno, la comida y la cena.

A los quince días fui a la ciudad de Puebla, a buscar un cajero, tenía que cobrar mi quincena. Con los billetes en las manos, me puse a pensar que en el pueblo no necesitaba mucho dinero para subsistir, así que pasé a una papelería para comprar unas barras de plastilina, colores, lápices y hojas.

Fui a la oficina de programas sociales, pregunté por los requisitos para hacer una solicitud. Me dijeron que su personal pasaba a las casas a realizar un censo y me dieron una lista.

–Señorita, vengo de un pueblo, donde las calles no tienen nombre, estamos en medio de la sierra, no hay electricidad, ni carretera, ni agua potable, ni línea telefónica, ni nada, puros árboles.

–Señor, yo no pongo los requisitos, yo sólo sigo órdenes.



Salí decepcionado, volví a la terminal de camiones con la bolsa llena de artículos escolares y tomé la combi. A las siete de la tarde llegué al pueblo, estaba cansado y hambriento. Fui a la casa de Doña Micaela. Cuando entré estaba cenando chayotes en chile rojo con frijoles, el caldo estaba un poco picoso, pero sabía muy rico.

– ¿Tendrá un limón que me regale?

Don Mauricio afirmó con la cabeza, agarró su machete, salió al patio y al poco rato regresó con un morral lleno de limones. Se sorprendieron cuando vieron que exprimí el jugo en mi comida.

–Creo que podemos hacer unos oficios, llevarlos a la oficina y pedir que nos manden unos programas sociales.

–¿Y cómo le haríamos, maestro?

–Escribimos un oficio, ponemos las necesidades de la gente, usted le pone el sello del municipio y todos lo firmamos.

–Mañana le digo a mi secretaria que junte las firmas.

Cuando terminé de cenar regresé a la escuela y caí como piedra en la colchoneta. Al amanecer llegó Ángel con una ollita de café y un pan.

–Maestro, Doña Micaela le manda su desayuno.

Los días volaron. Me levantaba a las seis de la mañana, a veces iba a desayunar con Doña Micaela, otras veces con Don Crescencio, y los días restantes me llevaban el desayuno a la escuela. Pasaba una mitad del día dando clases y la otra planeando juegos y estrategias escolares. Cada quince días iba a cobrar mi quincena y pasaba a la oficina de gobierno, hacía solicitudes para que los programas sociales llegaran al pueblo y las respuestas de la oficina del gobierno, siempre fueron las mismas; “Ya tenemos sus documentos, tiene que esperar, hay otras prioridades. El gobierno federal no nos ha liberado el recurso. Sólo falta una firma de autorización. Tenga paciencia.”

Llegaron las vacaciones de Semana Santa; regresé a mi casa, cuando mi madre me vio, me abrazó tan fuerte que casi me rompe la espalda. Al siguiente día me hicieron una fiesta, mi papá dio un discurso, no se cansó de decir que estaba orgullo de mí.

Jueves y viernes me la pasé encerrado en la casa pensando cómo solucionar la situación del pueblo. Antes de regresar al pueblo tuve que explicarle a mi padre cómo estaban las cosas en la escuela, le dije que no podía hacerme cargo de tantos alumnos, que necesitaba el apoyo de otro maestro.

– ¿Esa es tu preocupación? Tengo un amigo en el sindicato, le voy a decir que te ayude.



Mi padre me aseguró que el siguiente ciclo escolar mi escuela tendría nuevo maestro. Regresé al pueblo, le avisé al presidente del nuevo maestro, y también le dije que no había noticias de los programas sociales.

-No se preocupe maestro, aquí ya estamos acostumbrados a sufrir.

Esperé a que llegaré la quincena y regresé a la oficina, estaba harto de encontrar siempre a la secretaria pintándose las uñas, harto de que el supervisor dijera que no le habían liberado el presupuesto, harto de todo.

-Buenos días, pase al escritorio del fondo.

La cosa había cambiado, después de haberme recibido con cara de pocos amigos ahora todo cambiaba. Cuando el supervisor me vio se levantó de su silla, me dijo que la visita ya estaba programada y me enseñó los documentos. Regresé al pueblo muy contento, estaba feliz, quería gritarlo por las calles, pero me aguanté.

A los tres días, gente del gobierno llegó al pueblo, con sus pantalones de mezclilla, sus chalecos naranjas y sus cascos. Visitaron las casas, tomaron fotografías e hicieron encuestas. Estuvieron tres semanas y así como llegaron un día, desaparecieron otro.

Terminó el ciclo escolar y fui a casa de mis padres, dejé que durante un mes mi madre me consintiera; le pedía que me cocinara chiles rellenos de carne con rajas, huevo a la mexicana, arroz con leche y otras cosas.

Cuando se acabaron las vacaciones, fui a recoger al nuevo maestro, que resultó ser maestra. Aunque al principio batallamos un poco, las cosas cambiaron y la maestra empezó a hacerse cargo de los niños más pequeños. El presidente municipal me regaló un terreno, la gente del pueblo me ayudó a construir mi casa de adobe, con tejas de barro y puertas de madera.

Promesas iban y venían. Pasaron tres años para que la carretera, la electricidad y el agua potable llegaran al pueblo.



Ahora estoy a punto de casarme con la maestra, por cierto, se llama Natalia. Estoy nervioso. Todo el pueblo va a estar en la iglesia.



La pura maldad

Todo empezó una mañana de agosto. Igual que todos los días en el pueblo se escuchaba el canto de los pájaros y el relinchar de los caballos. Los hombres se alistaban para irse al campo, las mujeres servían el café y los niños desayunaban.

A las siete y media, la señora Francisca llegó a la tienda, compró cinco kilos de galletas animalitos, tres de piloncillo y diez veladoras.

– ¿Ya va desayunar?

–No.

Me quedé pensando, y antes de cobrarle la mercancía tuve que preguntar.

– ¿Entonces para qué quiere tantas cosas?

– ¿No sabe que murió la hija de Don Diego?

En el pueblo era raro que los niños se murieran. El panteón estaba lleno de ancianos y uno que otro adulto, pero ningún niño. La noticia corrió igual que el agua por los ríos: a toda velocidad y sin detenerse; al poco rato todo el mundo estaba enterado de la desgracia.

En las calles las señoras empezaron a cuchichear, algunas dijeron que el domingo habían visto a la niña, que se la había pasado jugando toda la tarde en la pila de agua, que corrió frente de la iglesia. La mamá entre lágrimas y sollozos dijo que su hija estaba sana, que nunca se había enfermado.

–En la mañana le grité varias veces para que se despertara, pero no me contestó, entonces fui hasta su cama y la moví para despertarla. Parecía que mi niña estaba soñando, en su carita se veía una sonrisa. La moví con fuerza y sentí que su cuerpo estaba tieso y frío.



Luego guardó silencio, se quedó quieta, con la mirada perdida, se limpió las lágrimas, jaló aire y sonrió de nervios. Después de unos minutos volvió a hablar:

–Mi niña estaba fría y tiesa... La cubrí con una cobija para calentarla y empecé a gritar. En menos de un minuto llegó Diego. Mi esposo recargó la cabeza en el pecho de mi nena, pero no escuchó sus latidos, intentó abrirle los ojos, pero nada, no reaccionaba.

–Despiértate...

Diego salió corriendo con la niña en brazos. Jaló aire por la boca y alargó sus pasos lo más que pudo. A los pocos minutos llegó a casa del señor Beto, le dijo que lo ayudara, que le iba a dar todo lo que tenía, sus puercos, sus gallinas, su vaca y su caballo. Todo. Le rogó que lo ayudara, que su hija no despertaba.

Don Beto cargó a la niña, después de una revisión minuciosa le dijo a su esposa que cargara a la criatura, agarró una botella de aguardiente, le dio un trago y le escupió la cara a Diego, luego lo abrazó con fuerza.

–No se puede hacer nada, tu hija está muerta.

Diego volvió a tomar a la niña en sus brazos y salió a toda velocidad rumbo a la iglesia, cuando llegó se hincó frente a la cruz y empezó con sus rezos.

–Por favor Diosito, devuélvemela, devuélveme a mi niña...

Pasaron cuarenta minutos y nadie atendió sus plegarias. A paso lento, regresó a su casa, cargaba a su pequeña en sus brazos, iba platicando con ella, de repente reía y luego lloraba. Al verlo pasar la gente bajaba la cabeza y le pedían al cielo por él.

A las dos de la tarde las mujeres del pueblo estaban ayudando en el velorio, mientras las más jóvenes acomodaban flores y veladoras, las ancianas cocinaban,



de pronto llegaron dos hombres cargando un pequeño ataúd, dijeron que el sacerdote lo había comprado y que en el panteón ya estaba lista la gaveta. Por la noche se ofició la misa de cuerpo presente.

Al siguiente día casi todo el pueblo fue al funeral, hombres, mujeres y niños, todos lloraban, ya fuera de tristeza, de dolor o de arrepentimiento. El padre realizó unos rezos, habló de la esperanza, dijo que Dios sabía lo que hacía, que la niña iba a llegar al reino de los cielos, que no tenía pecados. Una y otra vez dijo que se recordaran a Lázaro, que no olvidaran que Jesús lo había levantado de entre los muertos.

Eran las cuatro de la tarde cuando terminaron de tapar la gaveta. Don Diego puso unas flores y dijo algunas palabras en voz baja. El cielo tronó y empezó a llover. La gente se regresó corriendo a sus casas.

Al amanecer los perros estaban callados, en el pueblo no se oía ningún ladrido, ni el canto de los gallos, ni los caballos relinchaban, ni nada ni nadie hacía ruido. Todo el pueblo escuchaba el silencio. El presidente municipal declaró dos días de luto. Medio pueblo se encerró y las tiendas no abrieron sus puertas.

El miércoles volvió a salir el sol. La gente quería recuperar la tranquilidad, los muchachos preparaban sus caballos, algunas señoras servían café y muchos niños corrían a la escuela. De repente se escucharon gritos, era el señor Abelardo, sacaba la furia de que sus veintisiete gallos estaban muertos.

–Cobardes, quiero verles la cara, enséñenme la cara.

Y más gente empezó a gritar a medida que encontraban más gallos y más gallinas muertas. A las tres de la tarde la gente se reunió, luego se fueron al campo y en un hoyo enterraron veintisiete gallos y trece gallinas. Era una verdadera desgracia.

La gente estaba espantada, alguien corrió el rumor de que todo era culpa del presidente municipal, que era su responsabilidad por haber ido al funeral

de la niña; las creencias del pueblo dictaban que un gobernante no podía ir a los funerales, ahora los demonios estaban enojados y querían desquitarse, la desgracia había llegado.

En la noche sólo se escuchaba el ruido de los grillos. Nadie se quería dormir, varios hombres se quedaron despiertos, con el machete en una mano y la botella en la otra. En la madrugada empezaron a beber para entrar en calor y aguantar el sueño.

Al amanecer los fiscales de la iglesia fueron a la casa del monaguillo por las llaves para abrir las puertas y se dieron cuenta de que había muerto, lo supieron porque antes de llegar a su casa, Doña Francisca empezó a lamentarse. Alguien le avisó al presidente municipal y mandaron a llamar al sacerdote que había salido a visitar a los enfermos del pueblo vecino. La gente estaba asustada, hicieron el velorio con mucha rapidez, sólo rezaron cuatro misterios y se fueron a sus casas a cuidar a sus hijos.

El pueblo nuevamente estaba de luto, la gente se la pasó encerrada, sin prender sus cirios, sin hacer ruido, estaban escondidos y muchos rezaban en silencio. A las tres de la tarde, los pocos gallos que seguían vivos empezaron a cantar y la multitud asistió al entierro del monaguillo. La tristeza se escuchaba en las palabras del sacerdote.

Con los primeros rayos del sol un grupo de treinta hombres salieron del pueblo, iban montados en sus caballos, avanzaban dirección a los potreros. A trote lento la cabalgata se internó en el campo, de la nada apareció una parvada de zopilotes volando en círculo. A los pocos metros encontraron veinte reses muertas que estaban siendo devoradas por las aves.

Los jinetes asustados arriaron a sus animales y a toda velocidad regresaron al pueblo. El presidente escuchó atento las quejas.



-No sabemos qué hacer, nuestros niños y nuestros animales se están muriendo.

-Tenemos miedo.

-Estas cosas no pasaban antes, ya nomás falta que mañana o pasado se mueren nuestras mujeres.

Y en la noche policías y civiles agarraron machetes y garrotes, yendo al campo y a los potreros. Mientras las mujeres cuidaban a los niños, los hombres vigilaban los sembradíos y los animales. Hicieron una fogata y compartieron alcohol y tabaco.

La noche trascurrió en calma. Al medio día, mientras los niños estaban en la escuela, hombres y mujeres se fueron a dormir. A la una de la tarde el sol pegaba con fuerza. El canto de los gallos se interrumpió con los gritos de Don Pedro.

-Auxilio, auxilio, auxilio, que alguien me ayude.

Los primeros en acercarse fueron los niños, que regresaban de la escuela. Los gritos eran desgarradores por eso la curiosidad hizo que entraran a la casa. Parecía que María estaba dormida, dicen que tenía una sonrisa en la boca, cuando los niños la vieron salieron huyendo.

Al poco rato llegaron dos adultos, abrazaron a Don Luis y le dieron el pésame. La gente ya se estaba acostumbrando a que la muerte se hospedara en el pueblo, que viviera entre ellos y que les aplastara la garganta. Alguien le fue avisar al sacerdote y otra vez el presidente municipal tuvo que esconderse en su casa.

La gente se reunió afuera de la iglesia, todos estaban temerosos. Los ancianos dijeron que ya se habían muerto muchos niños y que su ganado se estaba acabando, que ahora la furia de Dios había despertado. Entonces ordenaron a los hombres más jóvenes que pasaran la noche en los potreros y las mujeres en sus casas, con el candil a media luz, que nadie hiciera ningún ruido. Así lo hicieron.

Al amanecer la gente quiso retomar su vida, al abrir las puertas, se fueron sus ilusiones, encontraron a sus perros muertos.

Niños y mujeres, esperaron a que los hombres llegaran. Luego juntaron los cadáveres, hicieron un hoyo y enterraron a los animales. Otra vez se reunieron afuera de la iglesia, llegó el presidente municipal y la lluvia de reclamos empezó.

– ¿Qué vamos hacer?

No podemos dejar los machetes guardados.

Al poco rato llegaron los fiscales de la iglesia y el señor Aurelio dijo que lo mejor sería ir a la iglesia de la Jalascingo, pagar una misa y pedirle a la virgen que se llevará la muerte a otro lado. Todos en el pueblo estuvieron de acuerdo.

Apenas eran las diez de la mañana cuando recogieron limosnas, lograron reunir ocho caballos y se marcharon. No había tiempo que perder, la vida de los niños y de los animales corría peligro. Al atardecer llegaron a la iglesia, hablaron con el sacerdote.

–Nuestros niños y nuestros animales se están muriendo, queremos que nos ayuden, que la muerte se vaya a otro lado.

No se preocupen, vamos a pedir con fe.

Ya nos han castigado mucho.

Los fiscales prendieron muchas veladoras, el padre cerró los ojos y empezó hablar en latín. Nombró a varios santos, al Justo Juez, a San Bartolomé, a San Miguel de Arcángel, a la Virgen de la Jalascingo y después de treinta minutos dio por terminadas las oraciones. Antes de que los hombres se fueran les dio indicaciones.

–Se apuran, tienen que llegar rápido a su pueblo, por nada del mundo se detengan. No pasen a su casa, lleguen directo a la iglesia, prenden cuatro veladoras en forma de cruz, no se asusten, pase lo que pase no salgan de la iglesia, cierran bien las puertas, atránquenlas con lo que puedan.



Los hombres apresuraron sus pasos, se subieron a los caballos, viajaron preocupados, querían llegar rápido. La luna iluminaba sus trotos y el viento golpeaba sus caras. Algunos empezaron a quejarse de hambre, otros de dolor en las piernas o de sed.

Estaban entrando al pueblo cuando el cielo se iluminó con rayos y truenos. Los caballos se inquietaron, reparaban y desobedecían las órdenes de los jinetes. Luego las nubes taparon la luna y el pueblo se oscureció. Las puertas de la iglesia estaban abiertas, los fiscales entraron con todo y caballo. Prendieron las veladoras, se hincaron frente al altar y siguieron el rito como se los había ordenado el sacerdote de la Iglesia de la Jalascingo.

Se escuchó un tronido muy fuerte, la iglesia se iluminó por unos segundos y después las tinieblas reinaron. Algo cayó al suelo, las nubes se fueron y la luna apareció. La cabeza del santo patrón estaba hecha pedazos. Los fiscales cerraron habían cerrado las puertas con candado, atrancaron con unas bancas y se quedaron a dormir al pie del altar.

Fue una noche, fría, oscura y fue larga. Llovió toda la madrugada. A las seis y media de la mañana los gallos empezaron a cantar. Las puertas de las casas seguían cerradas, por miedo a que la muerte siguiera rondando los caminos del pueblo.

Los hombres se apostaron detrás de las puertas, con los machetes desenfundados, listos para atacar, poco a poco abrieron sus puertas, el sol iluminó sus casas, el paisaje era encantador. Los niños y las mujeres empezaron a sonreír.

Ese día nadie fue a trabajar, todos se quedaron en sus casas, estaban vivos y eso era lo único que importaba. La gente empezó a retomar su vida. Seis días después, el sacerdote amaneció muerto, la gente empezó a decir que era el culpable de tantas muertes. Lo enterraron sin rezos, sin lágrimas y sin dolor.

Con su partida también se fueron las desgracias.

Poco veneno

Eran las seis de la mañana, los gallos no dejaban de cantar, todos en la casa se movían de un lado a otro y la flojera me estaba matando. Mi madre me dijo que me levantará, que ya era tarde para irme al campo. Apenas terminó de hablar y escuché la voz de mi padre.

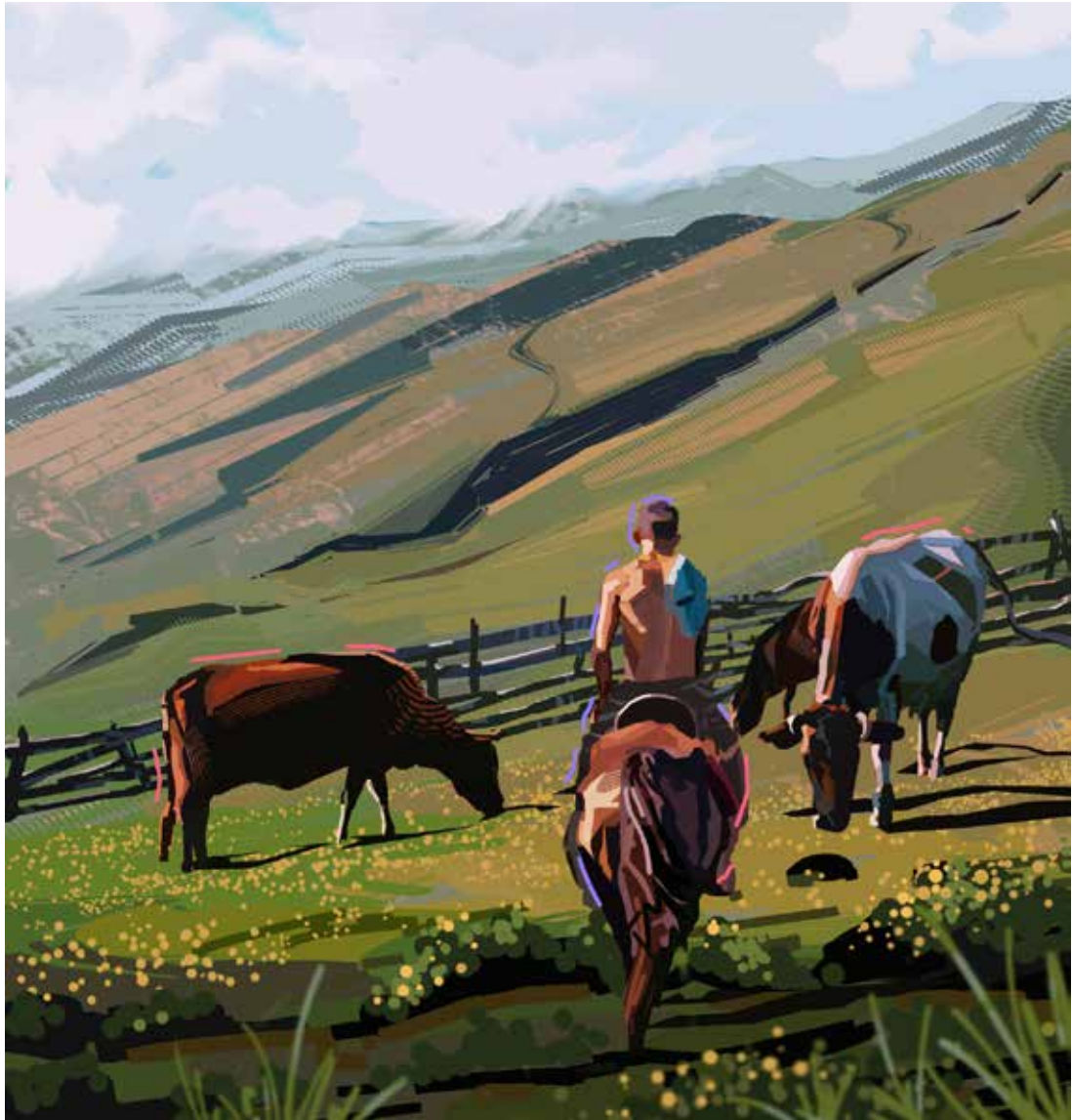
– Que te levantes Juan, qué no oíste a tu madre... Vas a ir de potrero a revisar las vacas.

Las gallinas empezaron a cacaraquear y tuve que levantarme. Me lavé la cara, agarré mi machete, me puse el sombrero y entré a la cocina, mi madre me sirvió un café y me dio un pedazo de pan.

Antes de salir mi padre me ordenó que me llevara a la Chaparra. Mi enojo desapareció. Siempre que me mandaba a trabajar me prestaba su yegua consentida. Me alegré, pensé que podía ver a Malena, la mujer más bonita del pueblo. Malena tiene el cabello como la noche, es largo y ensortijado, sus ojos son grandes, café claro, si te mira fijamente te puedes enamorar, además cuando sonrío te alegra la vida.

Todos los lunes tengo que ir al potrero, revisar las vacas, cortar leña, a veces pasó por unas naranjas, pero después de tanto cansancio y sudor recibo la recompensa, porque puedo pasar frente a su casa y regalarle unas naranjas y decirle que está muy bonita y ella me sonrío y el corazón empieza a chocar con mi pecho y me dan nervios y me pongo rojo y se me traba la lengua.

Aquella mañana apenas estaba clareando cuando salí de mi casa, la Chaparra empezó a trotar y algunos perros ladraban al vernos andar. El paisaje era verde, los pájaros cantaban. Como a la media hora llegué al potrero, vi que las vacas de mi padre estaban pastando en otro terreno, algunas se habían metido entre la milpa de mi tío Pedro.



Arrié a la Chaparra, metí una a una a las vacas al potrero, luego las conté y me di cuenta de que faltaban dos. De un salto me bajé de la yegua, empecé a buscar a las vacas faltantes, de repente sentí un calor intenso, luego un calambre recorrió desde la planta de mi pie izquierdo, pasó por la pierna, el glúteo y llegó a la cintura. Me doblé de dolor. Con dificultad bajé la mirada, mi pantalón estaba manchado de rojo, a un metro de distancia vi una víbora, su piel era amarilla con blanco, movía su cascabel y me retaba con su mirada. Desenfundé mi machete y me quedé quieto, el animal se arrastró lentamente hasta desaparecer en los pastizales.

El sudor caía por mi frente, la vista se me nubló y sentí un mareo. Pensé que estaba sentenciado, que no iba a sobrevivir. Recordé que el mes pasado Doña Pilar había muerto de una mordida de víbora.

Mi madre me lo contó. La señora fue al campo a cortar café, se metió en un lugar con mucha yerba, de repente una víbora la mordió, cayó al suelo y empezó a gritar, al poco rato llegó su esposo, le limpió el sudor, le dio un poco de agua y la llevó cargando a su casa, le limpió la herida, le puso aguardiente y la acostó en un petate. Al anochecer la señora empezó a tener calentura y alucinaciones, murió de madrugada.

Quise salir corriendo, irme a casa, decirle a mi madre que necesitaba de su ayuda, que me estaba muriendo.

–Auxilio, auxilio, auxilio. Mamá, mamá, mamá, mamá. No me quiero morir...

De repente empecé a escuchar ruido, pensé que la muerte se acercaba arrastrando los pies y escuché que me susurraba al oído que estaba sentenciado.

Miré a todos lados, en busca a alguien que me ayudara, lo único que encontré fueron vacas, pasto y árboles, muchos árboles. El cielo era azul claro, las nubes se habían marchado y el sol abrazaba con fuerza.



El canto de los pájaros me tranquilizó, estaba a punto de resignarme, me iba a tirar al suelo y esperar a que la muerte me recogiera, pero la Chaparra relinchó, creo que sintió mi desesperación y se acercó, intenté montarla, ni las piernas, ni los brazos, me respondieron. Ya no tenía fuerzas.

–Chaparra, vete al pueblo. Que te vayas al pueblo.

La yegua empezó a relinchar y se movía de un lado a otro sin saber qué hacer, también estaba asustada.

–Que te vayas al pueblo.

La yegua se hincó, intenté montarla, mi cuerpo quedó colgando a medio lomo. La Chaparra se levantó y empezó a trotar. Empecé a rezar con mucha devoción, intenté limpiarme el sudor de la frente, pero no pude levantar el brazo. El sueño me estaba atacando, si cerraba los ojos veía a la serpiente, con sus colmillos listos para encajarlos en mi pierna.

La Chaparra empezó a trotar cada vez más rápido, lo supe porque mis costillas chocaban con la silla de montar. Así pasaron varios minutos, hasta que tuve la sensación de que estaba en un sueño, no podía abrir los ojos, solo escuchaba el cascabeleo de la serpiente cada vez más cerca.

No sabía exactamente en donde estaba, los relinchidos de la chaparra me mantenían alerta, luego los perros empezaron a ladrar en coro, me asusté porque escuché voces y más voces que se iban alejando.

Mi padre conocía perfectamente a la Chaparra, la vio desde lejos, cuando llego a la puerta de mi casa, me bajaron y me llevaron a mi cuarto. Tenía la boca seca y empecé a murmurar. Luego la gente se arremolinó frente a mi casa.

– ¡Agua, agua, agua!

Alcancé a escuchar una voz que dio la orden de que no me dieran agua.

–Nada de agua, si el muchacho bebe un poco agua se muere.

Luego otra voz que se alejaba, empezó a gritar y más voces y gritos y algo parecido al llanto de mi padre culpándose de mi desgracia.

– Aguardiente, aguardiente, denle un poco de aguardiente.

Me acercaron una botella a los labios y me sentí aliviado. Poco a poco fui recuperando la conciencia, abrí los ojos y vi que un señor que estaba a punto de escupirme.

–Cierra los ojos.

Un escupitajo se estrelló en mi cara, reconocí el olor, era aguardiente con tabaco.

–No te limpies, mejor cierra los ojos.

Mi madre empezó a decir que estaba preocupada, que iría a la iglesia a rezarle a San Bartolomé, que estaba arrepentida de haberme mandado al campo a cuidar a las vacas.

El señor de los escupitajos interrumpió a mi madre, le dijo que no llorara, que nadie se había muerto, que yo era joven y fuerte, la mordida no me iba a matar, que además ya me había sacado el veneno.

–Comadre, el muchacho no puede tomar agua, ni café, hay que darle puro aguardiente y sólo puede comer pollo, nada de frijoles.

La primera noche fue la más difícil, mi madre no durmió, se quedó sentada cerca mi cama con su candil a media luz. Yo no pude dormir, cerraba los ojos y de repente frente a mí aparecía la víbora, moviendo su cascabel, sacaba la lengua y luego se arrastraba lentamente, lista para clavarme su veneno, entonces lanzaba un grito y despertaba bañado en sudor.

–Hijo, qué te pasa, estas bien.

Y cuando el cansancio me vencía cerraba los ojos y en un esfuerzo volvía a abrirlos. Así fue durante tres noches, hasta que olvidé a la serpiente. Al cuarto día mi padre me sacó al sol, puso un banquito afuera de la casa, cerca de la entrada, le ordenó a mi madre que estuviera al pendiente. Se me antojaron unas naranjas y pedí que me diera una, un pedazo, solo un gajo.

–No quiero que te mueras, faltan once días y podrás comer todo lo que quieras.

Comía poco, no me daba hambre, no hacía nada, me la pasaba acostado, a veces en las noches iba mi amigo Jorge y platicábamos un buen rato.

-La Malena me preguntó por ti.

-Qué le dijiste.

-Nada, que te había mordido una víbora y que estabas bien.

-Le hubieras dicho que me estaba muriendo, para darle lástima.

Hasta que una noche mi amigo llegó con una carta y una naranja. Jorge le dijo a Malena que sólo podía comer pollo y tomar aguardiente con tabaco.

-Nada de agua, ni fruta porque se muere.

Malena se puso triste, aun así, le dio la naranja y la carta, dijo que era una prueba de lo mucho que me extrañaba y que quería visitarme, pero le daba pena con mi madre. Jorge se las ingenió para convencerla de yo que necesitaba verla.

Pasé quince días recostado en mi cama, estaba cansado y aburrido, tenía ganas de ir al campo, de montar a la chaparra, de salir a caminar, de ir a la iglesia, de ver el cielo azul, de sentir el viento golpeado mi cara.

Ayer en la noche Jorge le preguntó a mi madre si Malena podía venir a verme.

- Es que es un chamaco y además está enfermo.

Mi padre que casi nunca intervenía en las decisiones de mamá, esta vez me apoyo.

-Déjalo mujer, déjalo, nuestro hijo ya no es un niño, ya es todo un hombre.

Lo bueno de todo es que en la tarde ella vendrá a verme. Cuando entré por la puerta y me vea tirado en la cama, me voy a quejar, le diré que me siento muy mal, que seguro tengo calentura. Le voy hablar en voz baja, le diré que no puedo hacer muchos esfuerzos, que tiene que acercarse, cuando lo haga la voy besar y entonces la mordida habrá valido la pena.

Mi abuelo

Se murió el abuelo, eso me dijo mi madre. Hace una hora me habló por teléfono. Sus palabras se mezclaban con su llanto. Le dije que había sido lo mejor, que el abuelo estaba sufriendo mucho. Le hablé de la biblia y del reino de Dios, hasta que mi madre se tranquilizó.

De repente la figura del abuelo llegó a mi cabeza. Recordé el día que lo conocí. Creo que tenía nueve años. El abuelo era un tipo fuerte, de estatura media, con pocas canas, el rostro arrugado, brazos fuertes y siempre caminaba con la frente en alto.

Hace unos días comenzó la pesadilla. El abuelo regresaba del campo, venía montado en su yegua, la Paloma, una víbora se les cruzó en el camino. El animal en el que venía levantó sus patas traseras y el abuelo salió volando. Su cuerpo se estrelló contra el suelo, se quedó tendido un buen rato, hasta que la abuela y la tía Conchita fueron en su ayuda.

Lo recostaron en un petate, con tragos de refino, fomentos de agua caliente y rezos mitigaron sus dolores. Al siguiente día el doctor inyectó al abuelo, le dio unas pastillas para el dolor. A los tres días mi madre y sus hermanas llegaron al rancho.

El corazón del abuelo se contentó al ver a sus hijas reunidas. Las pláticas, las risas y los recuerdos ayudaron a que su salud mejorara. Una semana después mi madre se encargó de informarle la noticia.

–Papi, mañana nos regresamos a México, tenemos que trabajar.

Un jueves mi madre regresó a casa, dormimos placentemente, no hubo ninguna pesadilla, sólo ronquidos. Olvidamos que el abuelo estaba en un petate. Dos noches después un telefonazo nos regresó a la realidad. Tía Conchita nos llamó, dijo que las cosas habían empeorado.



El abuelo ya no podía levantarse, tampoco probaba bocado, empezó con las alucinaciones y sin motivo ni razón gritaba como loco. El doctor dijo que el golpe en la cabeza no tenía solución, recomendó que reunieran a toda la familia.

–No hay nada que hacer, el final está cerca.

Tío Filomeno no se resignó, se fue a otro pueblo a buscar un curandero. Compró una docena de ceras, dos ramos de pirul, tres cabras y dos gallinas negras. Esa misma noche hicieron los sacrificios y empezaron los rezos. El abuelo recobró el habla y las ganas de comer. Mi madre con los brazos en alto juró que todo iba a estar bien. Mala yerba nunca muere.

Todos en la familia estaban muy animados y contaban las hazañas del abuelo. A diferencia de mis hermanos y mis tías yo recordé la primera vez que lo vi. El abuelo traía pantalón y camisa de manta, sus huaraches, su sombrero y su morral.

–Ma, por qué tu papá siempre se viste de ranchero, nada más le falta el machete.

–Respeta, chamaco, tu abuelo está orgulloso de sus raíces.

–Pero puede comprarse un pantalón, ¿no que tiene mucho dinero?

– Mejor sácate de aquí, antes de que te vuele los dientes.

Los recuerdos son como luces intermitentes. Mi madre dijo que al abuelo le habían hecho brujería. Todo era por culpa de Crisanto Jiménez.

–Te juro que me las va a pagar. Voy a ir a Veracruz, voy a ir con mi compadre y vas a ver, vas a ver.

Siempre que teníamos un problema más o menos graves mi madre visitaba a su compadre, un tal Pedro Ramos y entonces nuestros caminos se iluminaban, así pasó cuando rentábamos cerca de Texcoco y la dueña de la casa nos quería correr



porque le caímos mal, de la misma manera cuando a mi padre lo despidieron de su trabajo y para no liquidarlo lo acusaron de haberse robado un reloj de oro, también cuando mi tío Luis estuvo en la cárcel porque en una pulcata había picado a un tipo que lo estaba bolseando.

Ahora que recuerdo, una tarde tío Luis estaba pasado de copas, empezó alardear con su cuñado Ramón, le dijo que el abuelo le iba a heredar el mejor potrero del pueblo, que tenía el pasto más verde y el pozo de agua más grande.

Cuando mi madre lo escuchó le dio una cachetada No metas a mi jefe, en problemas, ese terreno tiene dueño y Crisanto Jiménez ya dijo que no lo va a vender. Ese día el tío Luis agachó la cabeza y se quedó callado.

Meses después el abuelo hizo todo para cumplir el capricho de su hijo consentido, fue a negociar la compra del potrero, pero por más dinero que ofreció siempre recibió la misma respuesta.

–Mi propiedad no está en venta.

Fiel a su estilo el abuelo fue con su tío a pedirle que lo ayudara, le dijo que su deseo más grande era tener ese potrero. Su tío uso una docena de ceras, tierra de panteón, huevos de gallina y muchos rezos. A los pocos días alguien llamó a la puerta, cuando el abuelo salió se dio cuenta que era Crisanto Jiménez.

–Don Miguel, cómpreme mi potrero, mi hijo se está muriendo, tengo que llevarlo a México para que lo curen.

El abuelo compró el potrero y a los pocos días su hijo consentido ya estaba trabajando en el terreno, había comprado postes y alambre. Cambió la cerca y llevó a sus vacas y toretes. Seis o siete meses después empezaron las peleas entre el abuelo y Crisanto Jiménez, por algún motivo el viejo se enteró que a su hijo le habían hecho brujería. La guerra se desató y las primeras víctimas cayeron en el potrero de tío Luis, el pozo de agua se secó, las vacas enflacaron y una a una murieron.

El abuelo no se quedó con los brazos cruzados y una noche mandó a uno de sus peones a cortar el alambrando de un potrero del viejo Crisanto. Dos semanas después, en la madrugada cortaron una manguera que le surtía agua. Un mes más adelante quemaron una galera en donde el viejo Crisanto guardaba su piloncillo.

Y cada ataque que sufría era vengado dos o tres semanas después y el abuelo enfurecía y alzaba su puño y juraba venganza, hasta que su yegua la Paloma se topó con una víbora. Mi madre me dijo que cuando el abuelo murió, tío Filomeno salió con el machete desenfundado y fue a la casa del viejo Crisanto, dicen que la puerta estaba atrancada. Tío Filomeno recorrió todas las calles del pueblo, gritando a los cuatro vientos.

–Crisanto Jiménez, sal de tu agujero maldita rata, sal y vamos arreglarnos como hombres...

Las calles estaban desiertas, las puertas cerradas y los perros no ladraban. Todos los enemigos del abuelo se habían escondido.

Ni modo, el abuelo se murió y yo tengo que prepararme para ir al pueblo, ojalá que mi nombre aparezca en su testamento.



Del otro lado

Me subí a la camioneta, mi primo Julián había puesto música de los Tigres del Norte, llevaba cantando desde que salíamos de casa de mis papás, eso sólo hacía que volvieran los recuerdos, sentía que nunca se podían ir. Hice un esfuerzo por no llorar, mi familia se tomaban los sentimientos como algo que únicamente las mujeres se podían tomar el tiempo para tener, pero no pude resistir y empecé a llorar.

Salí del pueblo porque estaba cansado de la vida, todo era un estar permanente, los mismos árboles, el mismo olor a café, el canto de los gallos al amanecer, de la tierra mojada, mi padre adolorido por los trabajos sin descanso y, sobre todo, estaba harto del hecho de que nunca tuvimos dinero ni para un kilo de carne. Estaba hastiado de la pobreza.

En esos años era flaco, pesaba cuarenta y siete kilos y medía uno cincuenta y cinco. No tenía ilusiones. Una tarde escuché hablar a mi familia sobre los tíos que ya se habían ido a Estados Unidos, fue el día que acompañé a mi padre a tomar café al pueblo vecino donde vivía mi abuela paterna.

–Los güeros pagan bien, si eres trabajador hasta te compran una hamburguesa y una soda.

En ese tiempo no conocía las hamburguesas ni las sodas. Yo estaba acostumbrado a los frijolitos enchilados con mucho cilantro y chicharrón, a las tortillas hechas a mano, a la salsa sin jitomate, al café de olla y, en días de festejo, el caldo de res que mi madre preparaba. De repente escuché que mi tío decía que uno de sus compadres pasaba a la gente del otro lado, cruzando el río. La espina ya estaba clavada, empecé a detestar más y más el pueblo, no tenía dinero. Lo único que me pertenecía era el odio, el odio a la maldita pobreza. Durante quince días estuve planeando como conseguir el dinero para largarme.

Empecé a tener la idea de ir a la iglesia y tomar prestado el dinero de las limosnas. Mi padre era el fiscal y guardaba las llaves en un morral detrás de la puerta. Un

jueves me paré a media noche, caminé con mucho cuidado, sin hacer ruido, logré tener las llaves en mi mano, pero antes de que las escondiera escuché un ruido o tal vez fueron mis nervios. Tuve que regresar las llaves al morral.

Me recosté en el petate y tarde unos minutos en volver a dormirme. Al amanecer fui al campo, trabajé hasta la tarde, regresé a casa y volví a pensar en las llaves. El sábado en la madrugada mi padre empezó a hacer ruido, discutía con mi madre, no encontraba sus cuchillos, ni su machete, dijo que no le gustaba que agarran sus cosas.

– ¿Oye viejo, ya buscaste en el machero?

– Yo sé dónde guardo mis cosas.

Mi padre salió de la casa y a los cinco minutos regresó con su machete y sus cuchillos, dijo que irían a la casa de su compadre Javier, que iba a matar un puerco para el bautizo de Luisito. Al poco rato los dos se fueron juntos, iban abrazados y muy contentos. Eran las seis de la mañana y ya no pude dormir, decidí que era hora de cumplir con mi destino.

Me puse el sombrero, me pare frente a la puerta, cerré los ojos, agarré las llaves, mi machete y mi morral, caminé a la iglesia. El corazón saltaba de mi pecho, en la calle no había nadie, sólo se escuchaba el canto de los grillos y el ladrido de los perros.

Abrí la puerta de la iglesia, de reojo alcance a ver unas veladoras prendidas, avancé a paso lento, las piernas me temblaban, cuando estuve frente a la imagen de San Bartolomé agaché la cabeza. Entré a la habitación donde guardaban los papeles y el dinero, abrí las alcancías, de mi morral saqué un pedazo de manta, envolví las monedas y salí corriendo.



Fui directo al campo, desenfundé mi machete para estar más seguro, temía que alguien me robara el dinero, traté de controlar el temblor de mis manos, cuando llegué al terreno de mi padre vi que todo estaba en orden, me metí en medio de la milpa, y empecé a hacer cuentas. Ahora sí podía largarme con los güeros. De repente sentí culpa, pensé en el castigo divino, pero la pobreza era más grande.

En la tarde fui al bautizo, me comí dos platos de carne de puerco en chile pasilla y me tomé un par de cervezas. A las seis regresé a casa, volví a contar el dinero y luego lo escondí en un costal de café. El domingo mi padre se la pasó durmiendo hasta la tarde, tenía dolor de cabeza, a cada rato se levantaba de su cama para tomar café y para ir al baño.

Nadie sospechó del robo, cuando veía la imagen de San Bartolomé, me temblaban las piernas y pensaba en que me iban a descubrir y recibiría un castigo, al día siguiente mi padre fue temprano a la iglesia a cambiar las veladoras y a revisar que todo estuviera en orden.

El martes le dije a mi madre que me iría a México a probar suerte, aunque me amenazó y dijo que si salía de su casa nunca me volvería a recibir, la decisión ya estaba tomada. Encontrar al Mariachi fue cosa fácil, todo el mundo lo conocía. El miércoles estábamos bajando del avión en Tijuana y listos para lograr el sueño americano.

Trece días y trece noches estuvimos desafiando a la migra y no tuvimos éxito, intentamos pasar por el río, a media noche o al amanecer, pero por alguna maldición los migras nos cachaban y teníamos que volver al lado mexicano.

Llevaba varios días comiendo sopa aguada con tortillas duras, estaba cansado, mugroso y me sentía culpable. Muchas veces pensé que yo era el de la mala suerte, que Dios nos estaba castigando por haberme robado el dinero de la iglesia. Y pensé en regresar al pueblo, pero recordé las amenazas de mi madre y me resigné.

Al siguiente día el Mariachi nos despertó como a las cinco de la mañana. Imaginé que me culparía de nuestra desgracia, pero a cambio de eso sacó una tarjeta de su cartera y me dijo que iba a pasar por la línea, cuando revisé la credencial vi la foto de un tipo que se parecía a mí.

El mariachi me dio una muda de ropa nueva, unos zapatos y durante dos horas me puso a caminar de un lado para otro, les ordenó a los otros paisanos que me insultaran y escupieran.

–Aunque te mienten la madre camina derecho, no te muevas, no tiembles, camina tranquilo.

Lo más difícil ya lo había hecho, robé el dinero a la iglesia y le mentí a mi madre. En ese momento soportar insultos y recibir pedradas no significaba nada.

Unas horas después, antes de que los migras hicieran el cambio de turno. Crucé la línea caminando, a paso firme y en silencio, les rezaba a San Bartolomé y a la Virgen de Jalacingo. Apenas llegué al lado americano, escuché el claxon de un coche y después de unos segundos se detuvo a mi lado, la puerta se abrió, entré y me puse cómodo en el asiento trasero, viajamos treinta minutos en silencio y llegamos a una granja.

Fueron días difíciles, nada comparado con lo que había prometido el Mariachi; la renta, la comida, la luz, el agua y el teléfono me los cobraba muy caros. Además, el dinero que me había prestado me lo cobró al triple. Tuve muchos trabajos, vendía flores en las calles, trabajé de cargador en una compañía, también lavé traste en un restaurante.

Tres años después llegó mi hermano Pedro, la cosa cambió, me sentí más tranquilo, más seguro. Pedro había estudiado, terminó la secundaria y cursó dos años del bachillerato, pero su sueño terminó cuando embarazó a su novia y tuvo que cruzar la línea.



Había veces que mi hermano quería hablar de las cosas que le molestaban y lo hacíamos en totonaco, la primera vez me costó trabajo entenderle, pero tres o cuatro días después ya no tuve problema. Mi hermano hablaba un poco de inglés y era muy listo en cosas de dinero, por eso planeó junto con un guatemalteco un escape, hicieron cuentas y llegaron a la conclusión de que el Mariachi nos estaba robando.

Tardamos seis meses, dos semanas y tres días en largarnos. Eso sí, pagamos hasta el último dólar, para que nadie anduviera hablando, nunca le dijimos que nos íbamos, simplemente lo hicimos y ya.

Pasamos una temporada en un rancho pizcando manzanas y fresas, cuando se acabó la cosecha empezamos a tirar papel, en realidad era publicidad y la echábamos en los buzones de las casas. Había que caminar muchas horas, yo estaba acostumbrado y casi no me cansaba, nuestro patrón nos compraba una hamburguesa y una soda. Esos días extrañaba los frijoles enchilados, el café de olla, las tortillas hechas a mano y me prometía que cuando regresara al pueblo volvería al paraíso.

Me empezó a ir mejor y le escribía cartas a mi madre, luego mi hermana Perla se las leía, también le mandaba fotos y algunos dolaritos. La respuesta tardaba dos o tres meses en llegar.

–Hijo, te extraño mucho, ya deberías de regresar, tienes que formar una familia y tener hijos...

Leía las cartas en silencio, me entraba la tristeza y quería salir corriendo y abrazar a mi madre, pero después pensaba en mis hermanas, pensaba que ellas tenían que estudiar y mejor iba al refrigerador, destapaba una cerveza y prendía la tele y me limpiaba las lágrimas.

Mi hermano Pedro se regresó hace diez meses, su hijo está a punto de cumplir tres años, le va a hacer una fiesta y además está supervisando la construcción de mi casa.

Sé que mi primo Julián está desesperado, lo puedo ver en su cara, sé que quiere avanzar, que ya se aburrió de esperar, es la tercera vez que le digo que me dé chance, porque no reconozco mi pueblo.

Los cerros están pelones, ya no se escucha el cantó de los gallos, ya casi no hay cuacos, se acabaron las casas de madera, se secaron los árboles frutales.

Ya tenemos carretera, electricidad, agua potable, internet y telefonía, pero siento que alguien se robó mi pasado, alguien destruyó mi pueblo.





INPI

INSTITUTO NACIONAL
DE LOS PUEBLOS
INDÍGENAS



México, 2020